

ESCOGIDOS EN EL AMADO

Parte 05

“Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en amor, habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado” - (Efesios 1:4-6)

Hoy voy a tratar de cubrir tres versículos, y de nuevo me siento abrumado e incompetente para tratar de explicar esta indescriptible realidad espiritual.

Primero que nada, recordemos que estos versículos están inmediatamente después de lo que Pablo acaba de decirle a la iglesia, que Dios los bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, que esa realidad está consumada en Cristo ya, que las bendiciones prometidas a Abraham y a los padres, son nuestras ahora en los cielos en Cristo.

Luego continúa con el versículo 4, donde empieza a describir que este no fue un acto de bondad que Dios realizó al azar. Esto era lo que Dios conocía de antemano, predestinó y se propuso hacer antes de crear el mundo. Este no fue un regalo espontáneo de San Valentín, sino la culminación de todo lo que Dios tenía en Su corazón antes de que hubiera un planeta llamado Tierra. Esta era su intención antes de que algo fuera hecho.

¿Cuál era Su intención? ¿Qué había en el corazón de Dios? Que Él tendría un pueblo viviendo en Su Hijo, viviendo en y por la Vida de Su Hijo. Un pueblo que sería adoptado en el único Hijo y colocado en dicho Hijo; no se convertiría en ese Hijo, pero compartiría Su Vida; sería santo, purificado, de la misma naturaleza y género.

Su plan era de acuerdo al afecto de Su voluntad, es decir, le alegraba sobremanera establecer y ejecutar el plan. Este no era un plan B, como resultado de que el jardín del Edén no funcionara, era el plan A, el único plan que Dios alguna vez hizo con respecto a la humanidad. Este plan no era una reacción a la caída del hombre, fue hecho con pleno conocimiento de la deficiencia del hombre. Esa es la razón por la que el libro de Apocalipsis (13: 8) habla de Jesús como del Cordero inmolado antes de la fundación del mundo.

El plan de Dios nunca se ha basado, o pudo alguna vez basarse, en la fidelidad o cooperación humana. El plan de Dios siempre se ha basado en la fidelidad y cooperación de Su Hijo eterno. Dios no modifica Sus ideas, no las supedita a nuestra respuesta. Él

planeó la salvación, el Hijo consumó la salvación, el Espíritu revela la salvación, y está disponible para cualquiera que esté interesado.

Dios conocía el principio a partir del final, pero el final valía la pena por el principio; lo segundo valía la pena por lo primero. El final sería un pueblo aceptado en el Hijo de Su amor, aceptado en el Amado, viviendo como una alabanza, como un tributo a Su gloria y gracia. Todo el plan nace y es una expresión de amor. ¡Esto es amor! Este plan es la realidad del amor de Dios para nosotros.

Quiero tratar brevemente las palabras “escogidos” y “predestinados”. Estoy consciente de que por siglos ha habido un acalorado debate con respecto a estas dos palabras y a qué hacen referencia. Mi opinión personal, sin embargo, es que dicho debate comenzó por la egoísta, egocéntrica y ególatra oscuridad y temor que existen cuando uno pierde la realidad de la cruz, y por lo tanto, tiene a Dios escogiendo y condenando individuos y no escogiendo a Su único Hijo.

Sólo quiero dejar claro que el asunto de la escogencia de Dios aquí, nada tiene que ver, en mi opinión, con individuos. La cuestión de Su escogencia aquí como en Romanos 8 y 9, tiene que ver tanto con la escogencia de un Hombre, Cristo, y por lo tanto, con la escogencia de todos lo que llegan a vivir en ese Hombre, como con el rechazo de otro hombre, Adán, y por lo tanto, de todo lo que es hallado en ese hombre.

Dios no selecciona entre “adámicos”, no hay nada que seleccionar, todos son iguales. ¿Qué vamos a usar como criterio de escogencia cuando se trata del hombre natural o de la carne? Dios mismo dice que en ellos “no mora el bien”, que “la carne para nada aprovecha”. Dios mismo dice que toda su “justicia es trapos de inmundicia”. *“Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”* (Romanos 3:10-12). ¿Qué criterio usaría Dios para seleccionar a alguien?

Hay, sin embargo, un Hijo Amado. Si nosotros por gracia llegamos a vivir en ese Hijo, entonces somos escogidos al ser hallados en Él. Llegamos a ser elegidos al compartir la vida del Elegido de Dios, y nuestro propósito predestinado es ser conformados a la imagen de ese Hijo. Lo único que se menciona en estos versículos con referencia a la palabra “predestinado” es el Hijo y el plan de tener un pueblo adoptado en dicho Hijo. Usted puede regresar y leerlos 50 veces y no va a encontrar nada más.

Él “nos escogió EN ÉL”, y Él “nos predestinó para ser adoptados hijos suyos POR MEDIO DE JESUCRISTO”. Aquí tenemos el dónde y el cómo de la predestinación y nada del quién; el quién es cualquiera que quiera venir.

Mateo 7:24, *“Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca”*.

Mateo 12:50, “Porque **todo aquel** que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre”.

Mateo 16:25, “Porque **todo el que** quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará”.

Mateo 21:44, “Y **el que** cayere sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará”.

Marcos 8:34, “... **Si alguno** quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame”.

Marcos 8:35, “Porque **todo el que** quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará”.

Juan 3:15, “Para que **todo aquel** que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”.

Juan 4:14, “Mas **el que** bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna”.

Juan 11:26, “Y **todo aquel** que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?”

Hechos 2:21, “Y **todo aquel** que invocare el nombre del Señor, será salvo”.

Hechos 10:43, “De éste dan testimonio todos los profetas, **que todos los** que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre”.

Romanos 10:13, “Porque **todo aquel que** invocare el nombre del Señor, será salvo”.

1 Timoteo 2:4, “El cual quiere **que todos** los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad”.

2 Pedro 3:9, “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino **que todos** procedan al arrepentimiento”.

Sé que hay versículos en los que Dios habla de los creyentes como “elegidos” o “escogidos”, pero en mi opinión, es sólo porque hemos llegado a ser participantes de la

única vida del único Hijo que es el Elegido y el Escogido de Dios. No creo que haya ningún mérito aparte de Cristo por el cual pudiéramos ser elegidos o escogidos por Dios.

Dios predestinó una salvación específica, la cual consiste en un pueblo adoptado, un pueblo que recibe el “estado de hijo” en Jesucristo. Esta es una traducción literal de la palabra en griego que nosotros tenemos como “adopción”: Estado de hijo. ¡Qué expresión tan perfecta para los que han sido colocados en el Hijo de Dios!

En ninguna parte de las Escrituras se dice que Dios haya escogido a unos para ser salvos y a otros para ser condenados. Yo usualmente no entro en controversias teológicas, mi forma de hacerlo es doble. En primer lugar, establecer que Cristo es el único escogido de Dios y que nosotros somos participantes de Él. En segundo lugar, aliviar algunos corazones agobiados que han luchado con este asunto por mucho tiempo.

No hay nada en un hijo de Adán que merezca una escogencia especial o una condena especial. De hecho, aparte de nuestra escogencia de pertenecer al Hijo amado, “la ira de Dios está sobre nosotros”.

Juan 3:18, *“El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios”*.

Juan 3:36, *“El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él”*.

En mi opinión, es un total malentendido de Romanos 9 lo que hace que la gente crea lo contrario. Este capítulo no habla de que Dios haya escogido un individuo para salvarlo y a otro para condenarlo, este pasaje habla de los hijos de la carne versus los hijos del Espíritu; de aquellos que han sido escogidos EN la única Simiente y de los que obstinadamente han rehusado y rechazado la Simiente. Romanos 8-11 habla, específicamente, del Israel del Antiguo Pacto que rehusó su Mesías, y de la realidad de que Dios había escogido mucho antes a los gentiles para que fueran copartícipes de las promesas dichas a Israel.

En el capítulo 9, Pablo demuestra que Dios siempre ha tenido un Hijo escogido, una Simiente escogida en la que un pueblo sería bendecido. Cita que Dios “amó a Jacob y aborreció a Esaú”; y aquí es donde la gente se tropieza. Él no está haciendo referencia a individuos, sino al primer y segundo pacto, al hijo de la promesa versus el hijo de la carne. Por eso en el mismo capítulo, Pablo menciona tanto a Sara, la esposa de Abraham, como la historia de Isaac versus Ismael. A Rebeca, la esposa de Isaac, como la historia de Jacob y Esaú. Mucho antes de que Abraham naciera, Dios ya tenía Su hijo escogido. Jesús dijo: “Antes de que Abraham fuera, Yo soy”. Luego Isaac representó la Simiente de la promesa e Ismael la simiente de la carne; sucedió lo mismo con Jacob y Esaú. Jacob, el segundo en nacer, llega a representar la Simiente de la promesa y hereda tanto la

primogenitura como la bendición, y Esaú representa a los que se convertirían en enemigos de la Simiente.

La elección descrita en Romanos 9 es la elección de la Simiente de Dios en contra de la simiente natural. El Hijo de Dios en contra del hijo natural. Isaac por encima de Ismael. Jacob por encima de Esaú. ¡No los individuos! Ambos individuos en realidad fueron bastante bendecidos en lo natural, pero se habló de ellos más allá de sus propias vidas naturales.

Esto no es diferente a lo que Pablo hace referencia en el capítulo 4 de Gálatas acerca de Sara y Agar. Pablo entra directo y dice que él no se está refiriendo a mujeres individuales, sino a los dos pactos que ellas representan. Una representa la esclavitud que existe en la carne, el Antiguo Pacto, el primero. La otra representa la libertad del Espíritu, el Nuevo Pacto, el pacto del Espíritu, el segundo. Una recibió Su amor a través de la Simiente prometida, la otra se tornó una nación que rechazó la Simiente de Dios y Su amor.

Dios le dijo a Moisés, y Pablo lo cita esto en Romanos 9: “Yo tendré misericordia de quien tenga misericordia, y tendré compasión del que tenga compasión”. La misericordia y la compasión existen en un sólo lugar y existen únicamente para un pueblo, el pueblo que llegó a vivir en y por Su Hijo. Esta es la razón del siguiente versículo: “Por lo tanto, no depende del que quiere o del que corre, sino de quien Dios tenga misericordia”. No tiene nada que ver con la voluntad del hombre o la determinación de Adán, todo tiene que ver con la única Simiente que Él ha escogido y las vasijas de misericordia que escogieron vivir en y por Él. Su misericordia sólo es extendida, en esta analogía, a Jacob. Esaú representa a los que tratan de tomar esa bendición, esa misericordia, sin tener la primogenitura. Hebreos 12 habla de lo mismo.

Alguien podría decir: “¡...pero eso no es justo!” A lo que Pablo respondería en mi paráfrasis: “¿Quién eres tú, hombre, que acusas a Dios de injusticia por fijar las condiciones y escoger a Aquel en quien Él mostraría misericordia? ¿Por qué me hiciste esto...?” –“Pablo, ¿acaso estás diciendo que yo soy merecedor de honor e inmortalidad únicamente en Cristo y merecedor de ira en y por mí mismo?” La respuesta de Pablo sería: “Sí”. Pablo dice en Efesios que nosotros somos por naturaleza hijos de ira, pero que en Cristo nos tornamos coherederos y conciudadanos de la familia del Padre. Y eso es exactamente, lo que nuestros versículos en Efesios dicen, que hemos sido “aceptos EN el Amado”.

Entonces, Pablo concluye el capítulo 9 de Romanos demostrando que él estaba y continuará hablando, específicamente, de la simiente natural de Israel que rechazó al verdadero Hijo, a la verdadera Simiente, por fe, y trató de recibir la promesa basada en las obras de la Ley. De hecho, Israel se convirtió en Esaú, el que rechazó su primogenitura, y los gentiles se convirtieron en Jacob, el que recibió el amor de Dios, y

en esencia, tomó la primogenitura y bendición para Israel. (Obviamente, no todo Israel rechazó a Cristo, sino la gran mayoría. “Él vino a los suyos, pero los suyos no lo recibieron”).

Tal vez mucho de esto no le interese a usted, pero hay miles de personas en el cuerpo de Cristo que enseñan que Dios predestinó a algunos individuos para salvación y a otros para condenación. Mi punto más importante no es sólo decir que yo no creo que eso sea cierto, ¡porque yo definitivamente no creo que eso sea cierto! Mi punto principal es exaltar a Jesucristo como el Escogido, el Elegido, la Persona predestinada y el Lugar en el cual seríamos aceptos para Dios. Notemos que Efesios 1:4 dice que ellos fueron escogidos para estar delante de Él en amor. La palabra en griego que aquí se traduce como “delante” literalmente significa: “Estar directamente al frente de”, o “a la vista de” Él en amor. Luego el versículo 6 añade, que nosotros fuimos aceptados en el Amado, más literalmente, “aceptos en el que es amado”.

Quiero usar el resto de la lección hablando acerca del amor de Dios por usted y por mí. No hay duda de que podríamos permanecer en este tema por mucho más tiempo, pero sólo voy a decir unas cuantas cositas.

Primero que nada, déjeme sólo apuntar que aquí dice claramente, que este plan que existía en el corazón de Dios desde antes de la creación del mundo tiene que ver con el amor. Ahora, este no era sólo un sentimiento que Dios tiene por nosotros; recuerde que ni siquiera habíamos sido creados. Este amor no era sólo un sentimiento, una emoción...algo así como: “Yo amo a Juan, él es un buen muchacho”. Es algo mucho más grande que un sentimiento o una emoción. Este plan de amor tiene que ver con compartirse a Sí mismo, con dar vida.

El amor en su verdadera forma, tiene que ver con el derramamiento de vida, tiene que ver con derramarse, con compartirse, con la dádiva de vida sin interés de ganar algo. El amor no busca lo suyo. El amor da vida, y la da sin medida y sin interés de compensación o reembolso. El amor es regalar y compartir la vida, y esto es algo que el hombre no puede hacer, verdaderamente, si el amor de Dios no se ha perfeccionado en él.

El hombre puede hacer cosas bonitas, por supuesto. El hombre puede llegar a ser parte de causas filantrópicas, pero detrás de cada una de ellas, aparte de Cristo obrando en nosotros, hay algún tipo de auto retribución, hay algún tipo de amor propio. El amor natural, en lugar de derramarse, empuja las cosas para sí mismo. Nuestro amor demanda y reúne para nosotros las cosas que percibimos que queremos, necesitamos o hallamos hermosas. El amor de Dios regala todo lo que Él sabe que necesitamos y hallaremos hermoso.

Al contrario de casi todos los sermones en las bodas y calcomanías que yo haya visto, el amor de Dios no es totalmente inclusivo. El amor de Dios sí es real, es

definitivamente sustancia, va decididamente más allá de toda comprensión, pero es experimentado y comprendido sólo en el Hijo de Su amor. Déjeme ser más claro, el amor de Dios es ofrecido a todos, pero sólo es experimentado, comprendido, disfrutado y recibido cuando llegamos a vivir en el Hijo de Su amor. Si rechazamos al Hijo de Dios, en realidad hemos rechazado Su amor.

Dios no “ama a todos por igual”, ofrece Su amor a todos por igual. El amor de Dios es sólo una oferta, una invitación fuera de Cristo que se torna realidad, experiencia y relación sólo para los que están en Cristo, para los que son aceptos EN EL AMADO. El amor de Dios no es algo que Él nos da debido a Cristo, el amor de Dios es la dádiva de Cristo a nosotros.

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito...” (Juan 3:16). Esta es la manera en la que Dios amó a todo el mundo, les dio una nueva vida, les dio la oportunidad de salir de una “vida” para habitar en Otra. Les dio la oportunidad de perder sus propias vidas para encontrar la vida en Cristo. Esta es la manera como Dios ama al mundo entero.

1 Juan 4:9 dice, *“En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él”*. Aquí está la manera en que el amor de Dios se manifiesta: Él nos da al Hijo de Su amor para que podamos vivir en Él y participar de dicho amor. Y sí, participamos de ese amor como individuos, pero no independientemente de Cristo. Es individual, pero no independiente del Hijo de Su amor. Colosenses 1:13 dice, *“El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo”*.

Nosotros debemos comprender que la relación a la que hemos sido invitados, es a la relación que Cristo tiene con Su Padre. Así es con todas las cosas espirituales. ¿Cree que Dios le dio su propia justicia? NO. Dios le dio la justicia de Cristo. ¿Cree usted que Dios le dio su propia sabiduría? NO. Le dio la sabiduría de Cristo, la mente de Cristo que obra en usted. ¿Cree usted que Dios lo adoptó? NO. Dios le dio el “estado de hijo” de Cristo. Usted y yo hemos llegado a compartir la relación de Cristo con Su Padre. Romanos 8:15-16 dice, *“Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡¡Abba, Padre!! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”*.

Cristo es el único que ha sido amado por Dios desde antes de la fundación del mundo. Usted, alma individual, ha sido hecho partícipe de dicha vida, y por lo tanto, de esa relación. El amor de Dios es para usted, pero EN CRISTO. Hemos oído que nada puede ser separado del amor de Dios (Romanos 8), pero debemos

notar que el versículo dice que es el amor de Dios EN CRISTO. En Juan 17:24, 26 Jesús dice: “...porque me has amado desde antes de la fundación del mundo”. Y luego: “Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos”.

De nuevo, Dios ama al mundo, al invitar a cada uno a la verdadera relación y experiencia de ser aceptados, conocidos y amados en el Hijo de Su amor. Esta es una invitación que podemos aceptar o rechazar. Si “los muertos oyeran su voz...”, vivirán por Él. Ahora, sea que rechacemos o aceptemos, sabemos por estos versículos de Efesios, que el plan predestinado y predeterminado por Dios era tener un pueblo directamente frente a Él, ante Su vista, viviendo en Su Hijo, compartiendo la vida de Su Hijo, compartiendo la relación del Hijo con el Padre...aceptos en el Amado.

Hebreos 2:10-11 dice, “Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos. Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos”. ¿Por qué somos hermanos? Porque todos hemos sido bautizados en un Espíritu, reunidos a través de una muerte y vivificados en una resurrección. ¿Por qué somos amados por Dios? Porque somos aceptos en el Amado, llevados a morar en el reino del “Hijo de Su amor”. Nada nos puede separar del amor de Dios que es EN CRISTO JESÚS. De esto es de lo que Pablo está hablando en Efesios 1:3-6; sólo voy a parafrasearlo.

Dios nos ha dado toda bendición que Él le prometió a Abraham con referencia a Su Simiente, y todo lo que vendría a través de dicha Simiente. Él nos lo ha dado en los cielos, en Cristo, donde hemos sido vivificados, levantados y sentados; no en lo natural, material o en la primera creación. Es más, ese era el propósito de Dios predestinado y predeterminado desde antes de la fundación del mundo, que Él tendría un pueblo sentado en Su Hijo, purificado, sin mancha, eternamente en Su presencia, delante de Su rostro, compartiendo el amor que Él tiene con Su Hijo. A eso fuimos predestinados, a una adopción, estado de hijo. A un estado de hijo en Su Hijo; trasladados de la potestad de las tinieblas al reino de Su amado Hijo. Esto fue de acuerdo al beneplácito de la voluntad de Dios. Y es así: Que por toda la eternidad seamos una alabanza, un tributo, un recipiente regocijado de esta gracia por la que Él nos ha hecho aceptos en el Amado, aceptos en Aquel que ha sido amado.